

EPIDEMIAS, CONFINAMIENTOS Y DESESCALADAS EN LA CULTURA

Cándido Ruiz González

Hemos vivido unos meses extraños debido a la pandemia del Covid-19 que ha supuesto la paralización de la vida social, la reducción significativa de la actividad económica y la cancelación de la actividad cultural.

En el ámbito que nos atañe, la cultura, la suspensión definitiva o temporal de todo tipo de actos, eventos y espectáculos, han supuesto un mazazo para la cultura de la población, de la que ningún gobierno se ha preocupado (ni el estatal, ni el autonómico, ni el municipal). La ausencia de actividad motivada por el confinamiento y la posterior desescalada, no obsta para comenzar la recuperación de la actividad. Se toman medidas restrictivas en bibliotecas, archivos, museos, teatros y otras dependencias culturales, mientras que son laxas e, incluso, muy permisivas, en otros lugares públicos como bares, restaurantes, terrazas y transportes. Se ha visto claramente como lo único que interesaba era la obsesión por los beneficios económicos de unos pocos en el sector del transporte y del turismo, sector este último, frágil y precario, siempre al albur de cualquier contingencia (crisis económica, terrorismo, problemas ambientales, cambio climático o epidemias, como ha sido el caso), presionando al gobierno hasta límites insospechados. Mientras, sectores como la sanidad, los servicios sociales, la enseñanza y la cultura han quedado totalmente marginados de la actuación de los gobiernos y no existe ningún plan de recuperación.

Durante el confinamiento y la desescalada era lógica la suspensión de actividades, pero una vez finalizados estos procesos, se debe volver a la normalidad (no existe otra opción), pero en todos los ámbitos y no solo en aquellos que interesan a los de los beneficios a costa de todo (incluida la salud de la gente, como estamos viendo con los rebrotes que se producen en áreas de trabajo -mataderos, temporeros agrícolas- por el incumplimiento de las normas, o en áreas de ocio -fiestas en discotecas, terraceo abusivo- por mirar para otro lado).

Pero no todo es negativo. Esta situación ha supuesto que se haya frenado el despilfarro de ayuntamientos en grandes eventos como actuaciones y espectáculos mediáticos, detrás de los cuales siempre están los que aumentan sus beneficios a costa del dinero público, sin generar ni retornos culturales ni económicos, más allá del negocio de algún promotor. Esto no tiene nada que ver con la cultura. Para fomentar la cultura no hace falta contratar espectáculos con personajes mediáticos y que cuestan ingentes cantidades de dinero que se detraen de otras necesidades o inversiones urgentes (coste de oportunidad), lo que supone un derroche de las arcas públicas, sino programar actividades para todas las edades, gustos y sensibilidades, con la participación ciudadana, muchas de ellas de pequeño formato, en otros casos con personas que están empezando en la música, en el teatro, en la literatura, en la investigación y, sobre todo, apoyar (o al menos, no obstaculizar) a las personas y asociaciones que, de modo altruista, organizan, realizan o apoyan las actividades culturales, que generalmente son “buenas, bonitas y baratas”, realizadas con pocos recursos y que generan tejido asociativo e inputs económicos.

En Toro, el escandaloso despilfarro en contrataciones (más de 400.000 € el año pasado), que suponen ganancias para un par de “emprendedores” foráneos, un efecto mínimo sobre la economía local, el derroche en publicidad, el vaciamiento de las arcas municipales y una evidente pobreza cultural, ha tenido como obstáculo estos meses el Covid-19. Esperamos que de ello se aprenda, no se siga despilfarrando, nos dejemos de supuestos grandes espectáculos y dediquemos los recursos a la cultura de verdad, abandonando el “postureo” y la foto en medios bien engrasados con la publicidad institucional, recursos que también se restan de la inversión en obras públicas, servicios sociales, educación y cultura.